

## NUESTROS MÉDICOS

Sección a cargo de MsC. Dr. Damodar Peña Pentón

# Mi viaje a Amazonas

Por: Dra. Tamaris Rivero Duperey

Departamento Medicina General Integral, ELAM



Según cuentan algunos sobrevivientes de la barriada de Vargas, una madrugada de marzo de 2003, luego de varios días de intensa lluvia, sintieron gritos, lamentos, y un ruido ensordecedor que se acercaba. Eran árboles, escombros y lodo que sepultaban vivas a cientos de familias que allí vivían. Días más tardes se comprobó la magnitud del desastre y todavía se desconoce el número de personas que murieron. Los servicios de emergencia colapsaron, la confusión y el pánico se adueñaron del lugar.

Fue después de ese terrible desastre que el Comandante de la Revolución Bolivariana, Hugo Rafael Chávez Frías, plantea la idea de formar médicos venezolanos con la ayuda cubana y, junto a ello, la necesidad de brindar atención médica gratuita a los más necesitados, pobres y desprotegidos de los grandes cerros venezolanos. Surge de este modo la Misión Barrio Adentro, con el propósito de llevar un médico a cada rincón de la nueva República Bolivariana de Venezuela.

En la madrugada del 16 de noviembre de 2003 arribamos al aeropuerto de Maiquetía, estado de Vargas. La ciudad nos recibió ese amanecer envuelta en un halo de penumbra y niebla. Éramos 50 médicos voluntarios que íbamos a Amazonas, todos diplomados y algunos con

título de Máster en Medicina Natural y Tradicional, quienes añorábamos combinar los conocimientos adquiridos en Cuba con la cultura milenaria de la población originaria venezolana.

Muchas eran las expectativas. En La Habana nos adiestraron durante todo un mes y sabíamos que la labor iba a ser ardua y, probablemente, las condiciones de trabajo y vida mucho más difíciles que en otros estados. Los habitantes de Amazonas sufrían múltiples enfermedades, la atención médica era escasa y los pobladores vivían en la mayor pobreza y marginalidad. En el autobús el silencio era testigo de nuestro sobrecogimiento. Estábamos haciendo historia, y no una cualquiera, sino de las bonitas y valientes, de las que cambian la mentalidad de los hombres y mujeres del planeta. Formábamos parte de un batallón de batas blancas que integraría la misión Barrio Adentro.

Luego de dos horas de viaje por carretera llegamos a la ciudad de Caracas. Nos alojaron en el hotel Anauco donde estuvimos una semana disfrutando de la belleza de la ciudad, los imponentes rascacielos y los bellos edificios rodeados de cerros llenos de casas pobres donde la violencia y la pobreza eran extremas. Allí compartimos con algunos colegas que se quedaban a trabajar en los cerros de la

capital. Nuestro grupo causaba asombro pues seríamos los primeros de la misión médica en llegar a Amazonas, hacia donde partiríamos al final de la semana en una avioneta de carga de la armada venezolana.

El estado de Amazonas se encuentra localizado en el extremo sur del país, dentro de la región Guayana. Limita al oeste con Colombia, al sur, sureste y este con Brasil, al noreste y norte con el estado Bolívar y al norte con el estado Apure. Es uno de los más grandes del país, ocupa la quinta parte del territorio nacional con muy pocas ciudades y centros poblados. Se caracteriza por sus extensas sabanas, inmensas e impenetrables selvas, particulares tepuyes (elevaciones rocosas) y cientos de caudalosos ríos.

La ciudad de Puerto Ayacucho es la capital del estado. Está situada en la margen derecha del río Orinoco, se destaca por su conformación geológica ya que se levanta sobre una roca de granito negro extendida por kilómetros hacia el territorio colombiano, protegida de temblores y terremotos. Otros centros urbanos son San Fernando de Atabapo y San Carlos de Río Negro, próximos a cursos fluviales. En este territorio hay una gran cantidad de yacimientos de oro, diamante, titanio, estaño, uranio y carbón que todavía no han sido totalmente explotados. Amazonas es el estado de Venezuela con mayor población étnica. Entre los pueblos originarios que habitan allí actualmente, sobresalen los piaroas, yanomamis, yecuanas, piapocos, sionas, sibundoyes, quillasingas, coreguajes, huitotos, miarañas, jivis, puinabes, curripacos, banivas, bares, carijonas y panares.

Desde el aire quedamos impactados al ver tanta selva que a la vista impresionaba como una inmensa alfombra vegetal extendida hasta el infinito, solo salpicada por árboles de color amarillo como el araguaney (autóctono del país, declarado árbol nacional) o de color morado como los yévaros. Más tarde, al aterrizar, nos impresionó la ciudad con sus autos modernos, calles espaciosas y alegres, con una hermosa iglesia y una plaza que después supimos se llamaba Plaza de los Indios. Había también un gran museo, una biblioteca municipal, tiendas, mercados, bellas y confortables casas, y pequeños edificios que apenas alcanzaban dos o tres pisos.

Mucho nos impresionó el clima, ya que, precisamente, por ser noviembre, ¡era verano! En el hemisferio sur las estaciones se invierten, nos golpeó el intenso calor, seco y asfixiante. Por unos amigos supimos que allí solo se refrescaba algo la habitación si se colocaban varios recipientes con agua cerca del ventilador, pues si te ponías de frente a este y de manera directa, daba la sensación que el aire podía lastimarte la piel, salía como el de una secadora para el cabello. La temperatura alcanzaba su pico máximo al mediodía, casi 40°C, varias veces llegó a 42°C, entonces la ciudad se quedaba en calma, todos cerraban sus tiendas, comercios y casas, el pueblo se quedaba inmóvil como aplastado por el intenso sol.

Nos alojaron en el centro de Medio Ambiente de la ciudad.

Como buenos cubanos improvisamos un albergue para nosotros, preparamos literas y cocinábamos por turnos en una calamitosa cocina. Esta primera etapa nos convirtió en verdaderas camaradas pues estábamos muy lejos de nuestros familiares y de los lugares que conocíamos, solo nos teníamos unos a otros.

Fue en ese lugar donde por primera vez degustamos la arepa venezolana. Es un alimento elaborado con harina de maíz y es la base de la alimentación en todo el territorio nacional, aunque cada región le pone su toque distintivo. Para decir verdad, en ese momento a casi ninguno nos gustó, porque solo después de integrarte con el pueblo y su cultura es que comienzas a apreciar la arepa y hasta a extrañar su sabor una vez concluida la misión.

Pronto se organizó la Brigada Médica. El Jefe de la Misión y su equipo, quienes llegaron antes, se habían reunido con los coordinadores de barrios y ya tenían programados los sitios donde ubicarían a los médicos y donde fuese más factible instalar la consulta con todas las medidas de seguridad para el personal, medicamentos y equipos. También se nos informó que en esa etapa inicial viviríamos con familias venezolanas. Nos explicaron detalladamente la disciplina a mantener y que lo más importante era preservar nuestras vidas, así como mantener bien en alto nuestra dignidad de cubanas y cubanos.

Además de las obligaciones como médicos tuvimos la oportunidad de comenzar una maestría en Medicina Natural y Tradicional, entonces el estudio y el trabajo intensos nos hicieron más llevadera la nostalgia y añoranza por la lejana patria.

Algún tiempo después se decidió que las mujeres nos quedaríamos en la ciudad y los hombres serían repartidos en dúos para algunos de los siete municipios que conforman el estado; esta brigada era la de la selva y los compañeros vivirían en comunidades más aisladas, en los puntos médicos de La Esmeralda, Manapiare, Alto Orinoco, Maroa y Atabapo. Los compañeros que laboraron en estas difíciles zonas hicieron un trabajo extraordinario si se tiene en cuenta que en esos momentos no existían los centros integrales de salud, ni consultorios bien equipados como los que existen en la actualidad, por eso siempre "me quito el sombrero" cuando recuerdo a mis queridos colegas que nos retroalimentaban con sus maravillosas e increíbles anécdotas. En este momento del relato, pienso es la ocasión de hacer un homenaje póstumo a nuestro amigo y colega, el Dr. Ricardo San Martín Abreu, quien muere en marzo de 2004, por causas naturales, en su consultorio de Manapiare. Toda la comunidad amaba su trabajo, por su profesionalidad y el amor que mostraba a los niños, fue un momento extremadamente difícil para todos los colaboradores que allí nos encontrábamos, y en especial para mí, porque hacía varios años trabajábamos en el mismo policlínico en Cuba, y su familia y la mía tenían bellos lazos de amistad. El consultorio popular de ese recóndito lugar del mundo, lleva hoy su nombre.

En la ciudad nos quedamos a la espera, y poco a poco nos

integrarnos a los barrios, también por parejas, siempre por afinidad entre los mismos compañeros. Algunos puestos médicos se nombraban: Sector 57, Simón Rodríguez, Casiquiare, Guaicaipuro y Alto Carinagua.

Me uní a una colega santiaguera y nos fuimos para Sector 57, integrándonos al hogar de una señora colombiana viuda, radicada en Venezuela, taxista (de su propio carro) y con tres hijos adolescentes. En esa casa estuvimos 21 días pues la convivencia fue difícil. Pero a pesar de las dificultades ni un solo día dejamos de dar consulta, atendíamos a todo el que lo necesitara y a cualquier hora. Al cabo de ese tiempo, miembros del Partido Socialista Venezolano, nos ofrecieron una casa solo para nosotras y con comodidades aceptables. Allí montamos el Consultorio Popular de Valle Escondido y fuimos integrándonos a la comunidad realizando actividades de educación sanitaria, pero ante todo, debíamos demostrar nuestros conocimientos y buenas intenciones.

Poco a poco conocimos a la población, creamos activistas sanitarios que nos apoyaron en el manejo del consultorio y, gracias a ellos, identificamos cuántas familias podíamos atender durante las visitas de terreno, porque la consulta era abierta y llegaban personas de lugares bien distantes. De las 17 etnias existentes en el estado, los piaroas eran la mayoría en la zona y acudían a consultarse con traductores (personas de la misma etnia, casi siempre jóvenes, que hablaban el castellano).

Los piaroas o wotjúja es un gran pueblo y alrededor de 7 000 personas viven aun en la selva tropical de la región Orinoco-Ventuari, aunque una gran parte viven en la ciudad de Puerto Ayacucho y en los centros poblados y cercanías de San Juan de Manapiare y Sipapo; se dedican generalmente a la caza, la pesca, al cultivo de conucos, al trueque y a la artesanía; son fieles a las estrictas leyes de la naturaleza y sus creencias religiosas están muy arraigadas entre sus miembros. Uno de sus ritos funerarios es enterrar a sus muertos a los pies del Autana (montaña sagrada) y así garantizan que los espíritus o maguari asciendan por ella, razón por la que no permiten habitar la montaña ni visitarla.

Mi nombre les causaba mucha risa. En su idioma, Tamarí significa "bachaco grande" y es una hormiga comestible, para ellos apetitosa y con propiedades afrodisíacas. Las consumían vivas o las preparaban en una salsa picante muy cotizada y rica en proteínas llamada catara. La salsa llegó a ser entre nosotros un plato casi de obligado uso y fue muy apreciada por nuestros familiares en Cuba.

Con el tiempo comprendimos que una manera de entrar en sus vidas era aprender de su cultura y alimentación, en fin, conocer cómo vivían y tratar así de integrar sus estilos de vida a las condiciones de la ciudad, respetando su idiosincrasia.

Los vecinos del lugar nos trajeron las más diversas frutas como el pijiguao, moriche (los piaroas utilizan este fruto para todo, proviene de una palma alta de la cual obtienen una fibra muy resistente para tejer cestas y hamacas), copoasú, ceje, manaca, corura; todas frutas típicas de la

región. También conocimos bebidas como el mañoco (se elabora con yuca molida y es muy refrescante) y la chicha. De sus platos conocimos pescados como la sapoara, raya, caribe (más conocido entre nosotros como piraña), bagre, guabina, curbinata y otras que pescaban en las márgenes del río Orinoco. La llamada "arribasón" es una verdadera fiesta del pescado por lo abundantes y fáciles de pescar. El pescado lo consumen de diferentes maneras, incluso como relleno de sus famosas empanadas.

La mayoría de los alimentos tienen nombres diferentes a los conocidos en Cuba, por ejemplo, ocumo es la malanga, auyama es la calabaza y cambures son los plátanos de fruta. La batata es boniato y las caraotas negras, frijoles negros, todos muy apreciados en la cocina del lugar. La población, por su parte, se asombró al conocer nuestro congri, les llamaba la atención el color negruzco que toma el arroz y apreciaron mucho su sabor.

Durante un encuentro deportivo fraternal en Alto Carinagua, una comunidad piaroa bien alejada de la ciudad (allí nos bañábamos en el río y nos aplicábamos un fango medicinal que según las personas era muy bueno para la belleza del cutis), pudimos saborear la exquisita carne de lapa, enorme roedor muy valorado en la zona. Recuerdo que mientras comíamos lapa nos sacábamos de la boca los perdigones de la escopeta con que la cazaron. En otra oportunidad, en un restaurante autóctono probamos el venado y el báquiro, una especie de cerdo de monte cuya carne es muy estimada, aunque solo lo cazan cuando es pequeño o tiene crías, siempre lo sirven con muchas viandas y casabe.

Poco a poco el gobierno revolucionario comenzó a entregarles viviendas a muchas familias del lugar, aunque ellos continuaron construyendo sus churuatas (especie de bohío de madera y paja mucho más frescas) al lado o en los patios de la misma casa de mampostería, y así mantenían sus costumbres y se protegían del calor. En todas las casas era obligada la presencia del chinchorro, una especie de hamaca grande tejida principalmente por las mujeres, realmente cómoda, confortable, de colores muy llamativos que hacía mucho más tolerable el calor. El día de mi partida recibí uno de estos como regalo, con mi nombre entretejido, el cual conservo como un gran tesoro.

Las consultas médicas eran largas y extenuantes, hacernos entender era a veces muy complicado y debíamos explicarles y convencerlos de tomar el tratamiento completo y forma correcta. En ocasiones cuando le dábamos varios paquetes de un medicamento y orientábamos tomar una tableta cada cierto tiempo, ellos interpretaban era el paquete completo y había que iniciar otra vez la explicación.

El trabajo fue intenso y muy productivo, poco a poco los pacientes se fueron familiarizando con nuestro trabajo, nos protegían y cuidaban, llegaron hasta a madrugar para llegar temprano a la consulta, a veces acudían hasta con diferentes tipos de urgencias y poco a poco los enseñamos que los niños con fiebre y dificultades respiratorias tenían prioridad, así como aquellos pacientes con dolor intenso. Fue necesario adiestrar a nuestras activistas sanitarias

para que nos apoyaran, pues entonces no contábamos con enfermeras.

Fueron salvadas muchas vidas, se controlaron numerosos pacientes con enfermedades crónicas y se curaron otros tantos con enfermedades agudas. Recuerdo un caso muy particular de un niño recién nacido encontrado en un basurero. Lo trajeron enseguida al consultorio y todo el barrio se movilizó con el aporte de leche, pañales desechables y ropas para el bebé. Lo examinamos y constatamos que estaba desnutrido. Luego los coordinadores del barrio lo pusieron a disposición de una casa cuna.

En estas comunidades originarias el diminutivo es signo de ofensa. No nos podíamos referir a ellos con expresiones como "la niñita", "el casito tal" o "el viejito", porque era ofensivo. Algo también muy llamativo es que las niñas, después de su primera menstruación, son consideradas mujeres, aptas para trabajar en el hogar, casarse y tener descendencia.

Muchas veces llegaban a la consulta niños mayores con los hermanos más pequeños; los examinábamos, diagnosticábamos y muchas veces los llevábamos hasta sus casas con el fin de entregarles los medicamentos a los padres y explicarles el peligro de hacer cargo a un niño de otro menor. En una de las visitas a las casas conocí a una bella muchacha de 14 años cuyas manitas las tenía llenas de hongos de tanto limpiar, cocinar y cuidar a siete hermanos menores; su casa era muy humilde, hecha de pedazos de latones, con el piso de fango aplastado y muy pocos enseres domésticos, que ellos llaman corotos. Estaba llena de chinchorros descoloridos y en uno de ellos se mecía la madre de los niños con una barriga de casi nueve meses. Inmediatamente le hicimos la captación del embarazo y le explicamos las razones de nuestra visita. Después, durante el seguimiento de la gestación, pudimos identificar a los niños que estaban en edad escolar y la convencimos para que la joven y los demás se incorporaran a las misiones educativas que ya estaban en marcha en todo el territorio y también logramos que la señora se esterilizara quirúrgicamente durante la cesárea. Un día, la niña vino llorando al consultorio pues se enteró que salíamos de vacaciones, me pidió la llevara a mi país, yo le había tomado cariño pues conversaba mucho con ella y siempre me recordaba, como los demás niños, a mi pequeño hijito de cuatro años. Esta historia no tuvo un final feliz, pues pasados unos meses supimos que la muchacha se había ido de la casa con un señor mucho mayor, huyendo de las condiciones en que vivía.

A mi regreso de las vacaciones se regó enseguida la voz y las personas vinieron a recibirme, me abrazaban y besaban con un cariño impresionante, ellos creyeron que los médicos cubanos no regresaríamos nunca más; una vecina criolla que presenció la escena dijo, que ni a la Reina de España la hubieran recibido igual.

Luego de algunos meses de instaurada la misión se decidió que también podíamos contribuir en la formación de médicos venezolanos interesados en unirse a nosotros, como especialistas en Medicina General Integral. En

nuestro estado tuvimos nueve residentes, todas mujeres, y por ser nuestro consultorio uno de los más destacados en la brigada, y por nuestra categoría científica, nos invitaron a participar en esta nueva tarea.

La docencia impartida no se limitó solamente al posgrado, más adelante se organizó la captación para estudiantes de medicina. Las solicitudes fueron muchas y siguieron días de arduo trabajo en entrevistas y verificaciones; finalmente, me asignaron seis jóvenes que empezaron a fungir como activistas sanitarios y fueron de gran ayuda. De todos, un joven piapoco demostró tener una inteligencia prodigiosa, era extrovertido y muy solidario, nos ayudaba a comunicarnos con las personas pues dominaba varias lenguas y nos enseñó a entenderlos; él tenía muchas ganas de servir a su pueblo, nos explicó que en su etnia hace unos años atrás practicaban la antropofagia pero solo con los guerreros enemigos, fuertes y valientes, para de esta manera nutrirse de su espíritu valeroso. Su padre era también piapoco, su madre piaroa, y él tenía un amor muy grande por su tierra y su cultura, fue un honor para mí contribuir en su formación.

Aprender a convivir con los animales oriundos del lugar fue todo un proceso gradual y progresivo, las serpientes nos preocupaban mucho pues algunas eran venenosas y muy peligrosas y, a pesar que todos los días rociábamos con creolina los alrededores de la casa, una logró entrar y tuve que matarla con un machete. Por supuesto, todo el barrio se enteró por los gritos. Un vecino determinó que no era de las venenosas, pero sí de gran tamaño. Tenía en la mente la historia algo fantasiosa de un turista que se quedó dormido cerca de un gran herbazal y un "tragavenado" (una de las serpientes más grandes del mundo) lo devoró entero, esta historia la hacen todas las personas de allí con un sonrisa en los labios, todavía no sé si es cierta o no. Durante nuestro trabajo en Amazonas nunca tuvimos un solo caso de mordedura de serpiente entre los colaboradores.

En una ocasión, después de la temporada de lluvias llegamos a tener 23 sapos dentro de la casa y algunos eran venenosos. Otra vez se dio la alarma por un tigre que estaba merodeando el lugar, aunque en realidad se trataba de un cunaguaro u ocelote común, felino de poco tamaño pero muy fuerte.

Increíblemente, fueron los mosquitos los que me ganaron la batalla provocándome un paludismo que derivó en un prolongado ingreso en La Habana. Tuve una fuerte reacción alérgica a los antipalúdicos y no debía correr el riesgo de volver a enfermarse, por ello, cuando me recuperé, después de una larga convalecencia, me permitieron terminar la misión en otro lugar de Venezuela donde el paludismo no fuese endémico.

Fue así como terminó mi inolvidable encuentro con tan extraordinario y agradecido pueblo del estado de Amazonas.~